

Plaza pública

- Agitación en el PDM
- ¿Corrupción deliberada?

Miguel Angel Granados Chapa

El sábado 23 de mayo, al cumplirse 44 años de la fundación de la Unión Nacional Sinarquista (cuyo brazo político es el Partido Demócrata Mexicano), se produjo la más pública y sonora muestra de división en un grupo en que no han faltado las querellas interiores, pero donde han sido habitualmente mantenidas en discreción. Ese día hizo crisis la disputa por la dirección del partido.

Como se sabe, durante sus primeros años la Unión Nacional Sinarquista resolvió ser sólo un organismo cívico, renuente a entrar en el juego electoral, considerado por sus fundadores como estratagema del liberalismo para conducir a la sociedad socialista. Sin embargo, luego de que los más radicales dirigentes del comienzo pasaron a un segundo plano o fueron desplazados, la opción electoral se impuso. Fue breve la primera experiencia del sinarquismo, en tal sentido. Y también fue accidentada. Después de su participación con candidatos propios en las elecciones de 1946 (en que alegó haber obtenido 25 diputaciones, que no le fueron reconocidas), en diciembre de 1948 algunos de sus miembros ofendieron la memoria de Juárez. Ello desencadenó reacciones tales que Fuerza Popular, vertiente electoral de la UNS, perdió su registro.

En los años siguientes, los sinarquistas votaban poniendo en las boletas la sigla RE, reforma electoral, demandando con ello la modificación a las normas por las cuales un partido requiere patente oficial para obrar como tal. Visto que no tenía éxito esa indirecta promoción, algunos de sus líderes resolvieron tomar un partido ya constituido. El que más se avenía a su propósito era el Partido Nacionalista Mexicano, compatible ideológicamente con el sinarquismo y no propiamente debilitado (nunca tuvo fuerza) sino inerte de hecho. La maniobra fue obviamente advertida y después de un episodio policiaco en que jefes del PNM y de la UNS fueron acusados de procurar una rebelión, el PNM perdió su registro. Por ello, el sinarquismo debió esperar a que se iniciara la apertura política proclamada por Echeverría para reiniciar sus gestiones tendientes a incurrir de nuevo en el terreno electoral.

Por fin, el 15 de junio de 1975 surgió la nueva tentativa de la UNS, con el nacimiento del Partido Demócrata Mexicano. Fue elegido su presidente el abogado potosino Ignacio González Gollaz, que había sido ya dirigente de la UNS. Terminado su periodo de tres años en junio de 1978, dejó el cargo a su paisano (ambos son potosinos) Gumersindo Magaña Negrete. Bajo su dirección el PDM participó en las elecciones federales de 1979, en que mostró una fuerza electoral menor que la sugerida por la antigüedad de la organización que le dio origen. Con todo, obtuvo 293 mil 495 votos en las circunscripciones plurinominales y el derecho a tener diez diputados. Sin embargo, quedó como sexto partido, pudiendo superar sólo al artificial Partido Auténtico de la Revolución Mexicana.

El liderazgo de Magaña le ha venido siendo, en realidad, disputado de tiempo atrás por Juan Aguilera Azpeitia, que tiene más prosapia sinarquista que Magaña Negrete. Aguilera Azpeitia, en efecto, fue durante largo tiempo director de *Orden*, el semanario sinarquista, y llegó a ser jefe nacional de la UNS. Actúa, además, como jefe de la diputación y como vocero de la misma, si bien ambos tienen ocasión de hacerse oír como articulistas de *El universal*. La contienda por el liderazgo del PDM, adicionalmente, se hizo más áspera por la próxima decisión sobre el candidato del partido en la elección presidencial, en cuya designación como es obvio influirá notablemente quien encabece el partido.

En el congreso del sábado anterior se produjo un gran escándalo, una verdadera guerra de posiciones. Salieron a relucir un problema que los partidos minoritarios deberán ventilar con pulcritud para que la reforma política no los envenene en vez de darles nuevos aires. Se trata del subsidio que por ley les corresponde, y cuyo destino algunos militantes del PDM manifestaron no tener claro. Sería desastroso que detrás de la concepción de la reforma política hubiese estado el diabólico designio de echar a pelear entre sí a los partidos de la oposición por las migajas del subsidio. Por lo que hace al PDM deberá esforzarse por superar su crisis. Desprovisto de sus arranques militaristas e intolerantes, tiene una función que cumplir pues representa capacidades significativas de la población.